

el tigre legal había rugido en él. Veinte veces había sentido tentaciones de arrojarse sobre Juan Valjean, cogerle y devorarlo, esto es, prenderle. ¿Había nada más sencillo? Con gritar delante del primer cuerpo de guardia:—¡Un presidiario que se ha fugado! Y luego llamar á los gendarmes y decirles:—Os entrego ese hombre; marchándose y dejándole allí, sin volver á ocuparse en la suerte del criminal, todo estaba concluído; la ley podía disponer del preso como estimase mejor. ¿Qué cosa más justa? Javert había pensado todo esto, había querido ponerlo en ejecución, prender á aquel hombre, y entonces, lo mismo que ahora, tropezó con una barrera insuperable; cada vez que la mano del inspector de policía se levantaba convulsivamente para coger á Juan Valjean por el cuello, aquella mano, como si tirase de ella un peso enorme, había vuelto á caer, y en el fondo de su pensamiento oía una voz, una voz extraña que le gritaba:—Bueno. Entrega á tu salvador y en seguida haz traer la jofaina de Poncio Pilatos y lávate.

Después se examinaba á sí mismo, y junto á Juan Valjean ennoblecido, contemplaba á Javert degradado.

¡Un presidiario era su bienhechor!

Pero ¿por qué había permitido que aquel hombre le perdonase la vida? Tenía derecho á morir en la barricada y hubiera debido usar de este derecho. Hubiera debido llamar á los demás insurrectos en su auxilio contra Juan Valjean y haber hecho que le fusilasen: valía más así.

Su angustia mayor era la desaparición de la certidumbre. Sentía como si le faltasen las raíces. El Código no era más que un papel mojado en su mano. Acometíanle escrúpulos de una especie desconocida. Efectuábase en él una revelación sentimental ente-

ramente distinta de la afirmación legal, su medida única hasta entonces. No le bastaba ya permanecer en la honradez antigua. Un orden de hechos inesperados surgía y le subyugaba. Era para su alma un mundo nuevo; el beneficio aceptado y devuelto, la abnegación, la misericordia, la indulgencia, las violencias hechas por la piedad á la austeridad, la aceptación de personas; no más sentencias definitivas; no más condenas; la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley; cierta justicia, según Dios, contraria á la justicia, según los hombres. Divisaba en las tinieblas la imponente salida de un sol moral desconocido, y experimentaba al mismo tiempo el horror y el deslumbramiento de semejante espectáculo. Buho obligado á dirigir miradas de águila.

¡Con que era verdad que había excepciones, que la autoridad podía desconcertarse, que la regla podía retroceder ante un hecho, que todo no cabía en el texto de la ley, que lo imprevisto se hacía obedecer, que la virtud de un presidiario podía tender un lazo á la virtud de un empleado público, que lo monstruoso podía ser divino, que el destino tenía emboscadas de esta clase y que el mismo Javert no estaba al abrigo de una sorpresa!

Veíase en la necesidad de reconocer, con desesperación, que la bondad existía. Aquel presidiario había sido bueno, y también él, ¡cosa inaudita!, acababa de serlo. Iba, pues, depravando. Se conceptuaba cobarde y tenía horror de sí mismo.

El ideal para Javert no era ser humano, grande, sublime; era ser irreprochable. Ahora bien; acababa de cometer una falta.

¿Cómo había podido cometerla? ¿Cómo había pasado todo aquello? Ni él mismo lo sabía. Se cogía la cabeza con ambas manos; pero, á pesar de sus esfuerzos, no alcanzaba á explicárselo.

Él, sin duda, había tenido siempre intención de poner á Juan Valjean á disposición de la ley, de que era cautivo, y de la cual él, Javert, era esclavo. Jamás, mientras le tuvo en sus manos, le había ocurrido el pensamiento de dejarle ir. Hizolo, pues, en cierto modo, contra su voluntad y sin saber lo que hacía.

¡Interrogatorio tremendo! Dirigiase preguntas, daba respuestas y estas respuestas le aterraban. Preguntábase:—¿Qué ha hecho ese presidiario, á quien he perseguido sin cesar, que me ha tenido bajo sus piés, que podía y debía vengarse, tanto por rencor como por seguridad, dejándome la vida, perdonándome? ¿Su deber? No. Algo más. Y yo perdonándole á mi vez, ¿qué he hecho? ¿Mi deber? No. Algo más. ¿Hay, pues, algo por encima del deber? Al llegar aquí se asustaba; dislocábase su balanza; uno de los platillos caía en el abismo, el otro se elevaba al cielo y Javert sentía el mismo terror por el que subía como por el que bajaba. Sin haber en él nada de lo que se llama volteriano, ó filósofo, ó incrédulo; lleno, al contrario, instintivamente de respeto hacia la Iglesia establecida, no la conocía, sin embargo, sino como un fragmento augusto del edificio social. El orden era su dogma y le bastaba. Desde que tuvo edad de hombre y empezó á desempeñar su cargo, cifró en la policía casi toda su religión. Consideraba (y cuenta que empleamos aquí las palabras sin la menor ironía, en la acepción más formal) el espionaje como un sacerdocio. Tenía un superior, que era Mr. Gisquet; apenas había pensado hasta aquel día en ese otro superior: Dios.

¡Dios! Sentíale dentro de sí inesperadamente, y experimentaba cierto malestar.

El hecho predominante para él, era que acababa de cometer una espantosa infracción. Había dado

libertad á un criminal reincidente, á un presidiario. Había robado á las leyes un hombre que les pertenecía. Nada menos que esto había hecho y no se comprendía á sí mismo.

Ni siquiera concebía las razones de su modo de obrar. Agitábase una especie de vértigo. Hasta entonces había vivido con la fe ciega que engendra la probidad tenebrosa. Abandonábale esta fe; faltábale esta probidad. Todas sus creencias se desvanecían. Algunas verdades, que no quería escuchar, le asediaban inexorablemente.

En adelante era preciso ser otro hombre. Padecía los extraños dolores de una conciencia ciega, bruscamente devuelta á la luz.

Veía lo que le repugnaba ver. Encontrábase vacío, inútil, segregado de su pasada vida, destruído, disuelto. En él había muerto la autoridad y no tenía ya razón de ser.

¡Situación terrible la de sentirse conmovido!

¡Ser de granito y dudar! ¡Ser la estatua del castigo fundida de una vez en el molde de la ley y hallar de repente que, bajo el pecho de bronce, hay algo de absurdo y de rebelde que se asemeja casi á un corazón! ¡Pagar un bien con otro bien, aunque hasta allí se hubiese creído que aquel bien era el mal! ¡Ser el perro de guardia y lamer! ¡Ser el hielo y derretirse! ¡Ser la tenaza y convertirse en mano! ¡Sentir de improviso que los dedos se abren para soltar la presa! ¡Horrible situación!

¡El hombre proyectil sin saber ya el camino y retrocediendo!

No había sino dos maneras de salir de tan violento estado. Una, ir resueltamente á casa de Juan Valjean y prender al reo. Otra...

Javert dejó el parapeto é irguiendo la cabeza, se dirigió con paso firme al cuerpo de guardia indicado

por un farol en una de las esquinas de la plaza del Châtelet.

Miró por el ventanillo, y viendo que estaba dentro un municipal, entró. Los empleados de policía se conocen entre sí en el modo como empujan la puerta de un cuerpo de guardia.

Javert dijo su nombre, mostró su tarjeta al municipal y se sentó junto á una mesa, sobre la cual había pluma, tintero y papel, por si se ofrecía formar alguna sumaria eventual, y también para escribir los partes de las rondas nocturnas.

La mesa del cuerpo de guardia, con su correspondiente silla de paja, es una especie de institución; existe en todos los puestos de policía; sus constantes adornos son: un platillo de boj lleno de serrín y una caja de cartón con obleas encarnadas. Es el piso bajo del estilo oficial. Por ella empieza la literatura del Estado.

Javert tomó la pluma y un pliego de papel y se puso á escribir lo siguiente:

«ALGUNAS OBSERVACIONES

PARA BIEN DEL SERVICIO

»Primero. Suplico al señor prefecto que pase la vista por estas líneas.

»Segundo. Los detenidos que vienen de la sala de Audiencia se quitan los zapatos y permanecen descalzos en el piso de ladrillos mientras se les registra. Muchos tosen cuando se les conduce al encierro. Esto ocasiona gastos de enfermería.

»Tercero. Es bueno seguir la pista, relevándose los agentes de distancia en distancia; pero convendría que, en las ocasiones importantes, dos agentes, por lo menos, no se perdieran de vista, con objeto

»de que, si por cualquier causa un agente afloja en el servicio, el otro le vigile y haga sus veces.

»Cuarto. No se comprende por qué el reglamento especial de la cárcel de las Madelonetas prohíbe al preso que tenga una silla, aún pagándola.

»Quinto. En la cantina de las Madelonetas no hay más que dos barrotos, y esto permite á la cantinera dejarse tocar la mano por los detenidos.

»Sexto. Los detenidos, llamados ladrones, porque llaman á los otros á la reja, exigen dos sueldos de cada preso por pregonar su nombre con voz clara. Es un robo.

»Séptimo. Por un hilo corredizo se retienen diez sueldos al preso en el taller de los tejedores. Es un abuso del contratista, pues no es menos bueno el lienzo sin eso.

»Octavo. No parece bien que los que van á visitar la Fuerza, tengan que atravesar por el patio de los raterillos, para ir al locutorio de Santa María Egipcíaca.

»Noveno. Es cierto que diariamente se oye á los gendarmes referir en el patio de la prefectura los interrogatorios de los detenidos. En un gendarme, que debiera ser sagrado, semejante revelación es una grave falta.

»Décimo. La señora Henry es una buena mujer; su cantina está muy aseada; pero no es conveniente que una mujer pueda disponer del secreto del calabozo. Esto no es digno de la Conserjería de una gran civilización.»

Javert trazó las anteriores líneas con mano firme y escritura correcta, no omitiendo una sola coma y haciendo crugir el papel bajo su pluma. Al pie firmó:

«JAVERT,

»inspector de primera clase.

»En el cuerpo de guardia de la plaza del Châtelet.
 »7 de junio de 1832, á eso de la una de la ma-
 »drugada.»

Secó la tinta fresca, dobló el papel en forma de carta, le puso una oblea, escribió encima: *Nota para la administración*; lo dejó sobre la mesa y salió del cuerpo de guardia. La puerta se cerró tras él.

Cruzó de nuevo diagonalmente la plaza del Châtelet, llegó al muelle y fué á situarse, con una exactitud automática, en el punto mismo que había dejado hacía un cuarto de hora. Los codos, como antes, sobre el parapeto; la actitud idéntica. Parecía no haberse movido.

Obscuridad completa. Era el momento sepulcral que sigue á la media noche.

Nubes espesas ocultaban las estrellas. El cielo tenía un aspecto siniestro. No se veía una sola luz en las casas de la *Cité*; no pasaba nadie; las calles y los muelles, á donde la vista podía alcanzar, estaban desiertos; Nuestra Señora y las torres del palacio de Justicia parecían lineamentos de la noche. Un farol alumbraba el pretil del muelle. Los perfiles de los puentes iban desapareciendo en las tinieblas unos tras otros. El río había crecido con las lluvias.

El paraje en que se había apoyado Javert estaba, como se recordará, situado por cima del remolino del Sena, perpendicularmente á la formidable espiral de las olas que se desatan y vuelven á atar como un tornillo sin fin.

Javert inclinó la cabeza y miró. Todo estaba negro. No se distinguía nada. Oíase el ruido de la espuma, pero no se veía el río. Por instantes aparecía en aquella profunda vorágine una luz que serpenteaba vagamente. Es virtud que tiene el agua de coger la luz, no se sabe dónde, en medio de la noche

más completa y convertirla en culebra. La claridad no tardaba en disiparse y todo volvía á quedar confuso y negro. La inmensidad parecía estar allí abierta. Debajo no era aquello agua, sino abismo. La muralla del muelle, recta, confusa, mezclada con el vapor y ocultándose en seguida, producía el efecto de una muralla del infinito.

No se veía nada; pero se sentía la frialdad hostil del agua y el olor especial de las piedras mojadas. Subía del abismo un hálito salvaje. La crecida del río, que se adivinaba más bien que percibirse, el trágico murmullo de las olas, la enorme lobreguez de los arcos del puente, la caída imaginable en aquel sombrío precipicio, todo estaba lleno de horror.

Javert permaneció algunos minutos inmóvil mirando aquel abismo de tinieblas. Consideraba lo invisible con una fijeza que tenía algo de atención. El único ruido era el del agua.

De repente se quitó el sombrero y lo puso en el pretil del muelle. Poco después apareció de pie sobre el parapeto una figura alta y negra, que á lo lejos cualquiera transeunte retardado hubiera podido tomar por un fantasma, se inclinó hacia el Sena, volvió á enderezarse y cayó luego á plomo en las tinieblas.

Hubo un estremecimiento sordo, y únicamente la sombra estuvo en el secreto de las convulsiones de aquella forma oscura que desapareció bajo las aguas.